



CASSANDRA CLARE

CAZADORES DE SOMBRAS

3. CIUDAD DE CRISTAL

Para salvar la vida de su madre, Clary debe viajar hasta la Ciudad de Cristal, el hogar ancestral de los cazadores de sombras. Por si fuera poco, Jace no quiere que vaya y Simon ha sido encarcelado por los propios Cazadores de Sombras, que no se fían de un vampiro resistente al sol. Mientras, Clary traba amistad con Sebastian, un misterioso cazador de sombras que se alía con ella. Valentine está dispuesto a acabar con todos los cazadores de sombras: la única opción que les queda a éstos es aliarse con sus mortales enemigos pero ¿podrán hombres lobo, vampiros y otras criaturas del submundo dejar a un lado sus diferencias con los cazadores de sombras?

*Extenso y escabroso es el camino
que lleva del Infierno hasta la luz.*

JOHN MILTON, *El Paraíso perdido*

PRIMERA PARTE

LAS CENTELLAS VUELAN AL CIELO

*Empero como las centellas vuelan hacia el cielo,
así el hombre nace para la aflicción*

JOB 5:7

1

EL PORTAL

La ola de frío de la semana anterior había finalizado; el sol brillaba con fuerza mientras Clary cruzaba apresuradamente el polvoriento patio delantero de Luke, con la capucha de la chaqueta subida para impedir que los cabellos se le arremolinaran sobre el rostro. Puede que el clima se hubiese vuelto más cálido, pero el viento que soplaba del East River todavía podía ser brutal. Transportaba con él un tenue olor químico, mezclado con el olor a asfalto y gasolina propio de Brooklyn, y el de azúcar quemado procedente de la fábrica abandonada que se encontraba calle abajo.

Simon la esperaba en el porche delantero, repantingado en su sillón de muelles roto. Sostenía su DS sobre las rodillas y se dedicaba a golpearla rítmicamente con el puntero.

—Gané —dijo mientras ella subía los peldaños—. Soy el mejor jugando al Mario Kart.

Clary se retiró la capucha, se apartó el cabello de los ojos y rebuscó en el bolsillo sus llaves.

—¿Dónde estabas? Te he estado llamando toda la mañana.

Simon se levantó y guardó el parpadeante rectángulo en su bandolera.

—Estaba en casa de Eric. Ensayo de la banda.

Clary dejó de sacudir la llave en la cerradura, donde siempre se encallaba, para mirarle con desaprobación durante un instante.

—¿Ensayo de la banda? Estás diciendo que todavía sigues...

—¿En el grupo? ¿Por qué no tendría que seguir en él?
—Alargó la mano por delante de ella—. Trae, deja que lo haga yo.

Clary esperó a un lado mientras Simon giraba con pericia la llave aplicando justo la presión adecuada hasta conseguir que la obstinada y vieja cerradura se abriera emitiendo un chasquido. La mano del muchacho rozó levemente la suya; la piel de Simon estaba fría, a la misma temperatura del aire de la calle. Ella se estremeció ligeramente. Habían cortado su relación la semana anterior, y todavía se sentía confusa cada vez que le veía.

—Gracias. —Recuperó la llave sin siquiera mirarle.

Dentro hacía calor. Clary colgó la chaqueta en la percha del recibidor y se dirigió a la habitación de invitados; Simon la seguía. Clary frunció el ceño al ver su maleta abierta como la concha de una almeja sobre la cama y su ropa y sus cuadernos de dibujo desperdigados por todas partes.

—Pensaba que sólo ibas a estar en Idris un par de días —comentó Simon, evaluando el desorden con una mirada de vaga consternación.

—Así es, pero no se me ocurre qué meter en la maleta. Apenas tengo ningún vestido o falda; ¿y si no puedo llevar pantalones allí?

—¿Por qué no ibas a poder llevar pantalones allí? Es otro país, no cambias de siglo.

—Como los cazadores de sombras son tan anticuados e Isabelle siempre lleva vestidos... —Clary se interrumpió y suspiró—. No te preocupes. Tan sólo estoy proyectando la ansiedad por mi madre en mi guardarropa. Hablemos de alguna otra cosa. ¿Cómo ha ido el ensayo? ¿Seguís sin un nombre para la banda?

—Ha sido genial. —Simon se sentó de un salto sobre el escritorio, dejando colgar las piernas—. Estamos considerando un nuevo lema. Algo irónico como: «Hemos visto un millón de rostros y hemos hecho vibrar a un ochenta por ciento de ellos».

—¿Les has contado a Eric y a los demás que...?

—¿Qué soy un vampiro? No. No es la clase de cosa que uno deja caer así como así en una conversación informal.

—Puede que no, pero son tus amigos. Deberían saberlo. Y además, pensarán que eso te convierte en algo más parecido a un dios del rock, como aquel vampiro llamado Lester.

—Lestat —la corrigió Simon—. El vampiro Lestat. Y pertenece a la ficción. De todos modos, o no he visto que tú hayas corrido a contarles a tus amigos que eres una cazadora de sombras.

—¿Qué amigos? Tú eres mi amigo. —Se arrojó sobre la mesa de espaldas y alzó los ojos hacia Simon—. Y te lo conté, ¿no es cierto?

—Porque no tenías elección. —Simon inclinó la cabeza a un lado, estudiándola; la luz de la mesilla de noche se reflejaba en sus ojos, dándoles un tono plateado—. Te echaré de menos mientras estés fuera.

—Yo también te echaré de menos —repuso Clary, aunque sentía un hormigueo de nerviosa expectativa por toda la piel que le dificultaba la concentración.

«¡Me voy a Idris! —canturreó para sí misma—. Veré el país del que proceden los cazadores de sombras, la Ciudad de Cristal. Salvaré a mi madre.

»Y estaré con Jace».

Los ojos de Simon centellearon como si pudiese oír sus pensamientos, pero su voz sonó sosegada.

—Cuéntamelo otra vez... ¿por qué tienes que ir a Idris? ¿Por qué no pueden Madeleine y Luke ocuparse de esto sin ti?

—Mi madre consiguió el hechizo que la sumió en este estado de manos de un brujo: Ragnor Fell. Madeleine dice que tenemos que dar con él si queremos saber cómo invertir el hechizo. El brujo no la conoce, pero sí que conocía a mi madre, Y Madeleine cree que confiará en mí porque yo me parezco mucho a ella. Y Luke no puede venir conmigo. Podría ir a Iris, pero al parecer no puede entrar en Alacante sin el permiso de la Clave, y ellos no lo darán. Y no les hables de ello, por favor; él querría acompañarme. Si yo no hubiese conocido a Madeleine antes, tampoco creo que me dejaran ir a mí.

—Pero los Lightwood también estarán allí. Y Jace. Ellos te ayudarán. Porque... Jace dijo que te ayudaría, ¿verdad? ¿A él no le importa que vayas?

—Claro, él me ayudará —dijo Clary—. Y por supuesto que no le importa. Le parece estupendo.

Sin embargo, ella sabía que eso no era cierto.

Clary había ido directamente al Instituto después de haber hablado con Madeleine en el hospital. Jace había sido el primero a quien le había contado el secreto de su madre, antes incluso que a Luke. Y él se había quedado allí plantado mirándola fijamente, cada vez más pálido, mientras Clary hablaba, como si en lugar de estarle contando cómo podía salvar a su madre ella le estuviera extrayendo la sangre con cruel lentitud.

—Tú no vas a ir —dijo él en cuanto la chica hubo finalizado—. Aunque tenga que atarte y sentarme encima de ti hasta que este demencial capricho tuyo se te pase, no vas a ir a Idris.

Clary se sintió igual que si la hubiesen abofeteado. Había creído que él estaría encantado. Había acudido corriendo desde el hospital a contárselo, y allí estaba él de pie en la entrada, enfadado, mirándola con aquella expresión tétrica.

—Pero vosotros sí que vais.

—Sí, claro. Tenemos que ir. La Clave ha convocado a todos los miembros activos de los que se pueda prescindir de vuelta a Idris para una gran reunión del Consejo. Van a votar qué hacer respecto a Valentine, y puesto que somos las últimas personas que le han visto...

Clary pasó por alto aquello.

—Entonces, si vosotros vais, ¿por qué no puedo ir contigo?

La sencillez de la pregunta pareció enojarle aún más.

—Porque no es seguro para ti ir allí.

—Vaya, ¿y acaso estoy segura aquí? Han intentado asesinarme una docena de veces durante el mes pasado. Y siempre aquí, en Nueva York.

—Eso es porque Valentine ha estado concentrado en los dos Instrumentos Mortales que había aquí —masculló Jace entre dientes—. Ahora va a desviar su atención a Idris, todos lo sabemos...

—No estamos tan seguro de eso —dijo Maryse Lightwood.

La mujer había permanecido de pie en la sombra de la entrada del pasillo, sin que ninguno de ellos la viera; avanzó hasta quedar bajo las fuertes luces de la entrada, que iluminaron las arrugas de agotamiento que parecían alargar su rostro. Su esposo, Robert Lightwood, había resultado herido por veneno de demonio durante la batalla de la semana anterior y había necesitado cuidados constantes desde entonces; Clary podía imaginar muy bien lo cansada que debía de estar.

—La Clave quiere conocer a Clarissa y tú lo sabes, Jace.

—La Clave puede irse a la mierda.

—Jace —le reprendió Maryse en su habitual tono maternal—. Ése lenguaje.

—La Clave quiere muchas cosas —rectificó Jace—. ¿Por qué ha de conseguirlas todas?

Maryse le miró como si supiese exactamente a qué se refería y no le hiciese gracia.

—La Clave tiene razón a menudo, Jace. No es irracional que quieran hablar con Clary, después de todo lo que ha pasado. Lo que ella podría contarles.

—Yo les contaré cualquier cosa que quieran saber —dijo Jace.

Maryse suspiró y volvió sus ojos azules hacia Clary.

—¿Debo entender que tú quieres ir a Idris?

—Sólo unos pocos días. No seré ninguna molestia —le imploró Clary, evitando la mirada furibunda de Jace—. Lo juro.

—La cuestión no es si serás una molestia; la cuestión es si estarás dispuesta a reunirte con la Clave mientras estás allí. Ellos quieren hablar contigo. Si te niegas, dudo que obtengamos la autorización para llevarte con nosotros.

—No... —empezó Jace.

—Me reuniré con la Clave —le interrumpió Clary, aunque la sola idea de hacerlo le provocó una oleada de frío a lo largo de la espalda.

El único emisario de la Clave que había conocido hasta el momento era la Inquisidora, quien no había sido exactamente una persona agradable de tener al lado.

Maryse se frotó las sienes con las yemas de los dedos.

—Entonces todo resuelto. —Sin embargo, su voz no sonó convencida, sino tan tensa y frágil como una cuerda de violín excesivamente tensada—. Jace, acompaña a Clary afuera y luego ven a verme a la biblioteca. Necesito hablar contigo.

Desapareció de nuevo en las sombras sin siquiera una palabra de despedida. Clary la siguió con la mirada, sintiéndose como si la acabaran de empapar con agua helada. Alec e Isabelle parecían sentir un cariño genuino por su madre, y estaba segura de que Maryse no era una mala persona en realidad, pero no era exactamente lo que se dice afectuosa.

La boca de Jace dibujaba una dura línea.

—Mira lo que has conseguido.

—Necesito ir a Idris, incluso si tú no puedes comprender el motivo —replicó Clary—. Necesito hacer esto por mi madre.

—Maryse confía demasiado en la Clave —dijo Jace—. Seguramente cree que son perfectos, y yo no puedo decirle que no lo son, porque... —Se detuvo bruscamente.

—Porque eso es lo que Valentine diría.

Clary esperó una explosión, pero «Nadie es perfecto» fue todo lo que él pronunció antes de pulsar el botón del ascensor con el dedo índice.

—Ni siquiera la Clave.

Clary cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Es realmente ése el motivo de que no quieras que vaya? ¿Por qué no es seguro?

Un parpadeo de sorpresa cruzó el rostro del muchacho.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué otro motivo iba a querer que vinieses?

Ella tragó saliva.

—Porque...

«Porque me dijiste que ya no sientes nada por mí, y verás, eso es muy delicado, porque yo todavía siento cosas por ti. Y apuesto a que lo sabes».

—¿Por qué no quiero a mi hermanita siguiéndome por todas partes? —Hubo una nota cortante en su voz, medio burla, medio algo más.

El ascensor llegó con un traqueteo. Clary empujó la puerta a un lado, entró en él y se volvió hacia Jace.

—No quiero ir porque tú vayas a estar allí. Quiero ir porque me gustaría ayudar a mi madre. Nuestra madre. Tengo que ayudarla, ¿no lo entiendes? Si no hago esto, podría no despertar jamás. Podrías fingir al menos que te importa un poco.

Jace pasó las manos sobre los hombros de ella, rozando con las yemas de los dedos la piel desnuda del cuello y enviando inútiles escalofríos a través de los nervios de la muchacha. Clary advirtió que Jace tenía sombras bajo los ojos

y huecos oscuros bajo los pómulos. El suéter negro que llevaba puesto no hacía más que resaltar su piel llena de moratones, al igual que sus oscuras pestañas; constituía todo un estudio de contrastes, digno de ser pintado en tonalidades negras, blancas y grises, con salpicaduras de oro aquí y allá, como sus ojos, para dar un toque de color...

—Déjame hacerlo. —La voz de Jace sonó queda, apremiante—. Puedo ayudarla por ti. Dime adónde ir, a quién preguntar. Conseguiré lo que necesitas.

—Madeleine le dijo al brujo que sería yo quien iría. Estará esperando a la hija de Jocelyn, no al hijo de Jocelyn.

Las manos de Jace se cerraron con más fuerza sobre sus hombros.

—Pues dile a ella que hubo un cambio de planes. Iré yo, no tú. Tú no.

—Jace...

—Haré lo que sea —dijo él—. Cualquiera cosa que me pidas, si prometes quedarte aquí.

—No puedo.

La soltó, como si ella le hubiese apartado de un empujón.

—¿Por qué no?

—Porque ella es mi madre, Jace —respondió Clary.

—Y la mía. —La voz sonó fría—. En realidad, ¿por qué no se puso en contacto con Madeleine con los dos respecto a esto? ¿Por qué sólo tú?

—Ya sabes por qué.

—Porque —dijo él, y esta vez su voz sonó aún más fría— para ella eres la hija de Jocelyn. Pero yo siempre seré el hijo de Valentine.

Cerró la puerta violentamente entre ellos. Durante un instante Clary le miró fijamente; la malla de la reja le dividía el rostro en una serie de rombos, bosquejos de metal. Un ojo dorado la contempló a través de uno de los rombos, con una cólera furiosa titilando en sus profundidades.

—Jace... —empezó a decir.

Pero tras una sacudida el ascensor bajaba ya con su traqueteo habitual, transportándola al oscuro silencio de la catedral.

—La Tierra a Clary. —Simon agitó las manos ante ella—. ¿Estás despierta?

—Sí, lo siento.

Se incorporó, sacudiendo la cabeza para eliminar las telarañas. Aquélla había sido la última vez que había visto a Jace. No había cogido el teléfono cuando ella le había llamado más tarde, así que había hecho todos los planes para el viaje a Idris con los Lightwood usando a Alec como reacia y avergonzada persona de contacto. Pobre Alec, atrapado entre Jace y su madre, intentando siempre hacer lo correcto.

—¿Decías algo?

—Simplemente que creo que Luke ha regresado —repuso Simon, y saltó del escritorio justo cuando se abría la puerta del dormitorio—. Y así es.

—Hola, Simon.

Luke sonó tranquilo, quizá un poco cansado; vestía una estropeada cazadora tejana, una camisa de franela y unos viejos pantalones de pana metidos dentro de unas botas que parecían haber vivido mejores tiempo diez años atrás. Llevaba las gafas subidas sobre su cabello castaño, que parecía ahora más salpicado de canas de lo que Clary recordaba. Sujetaba un paquete cuadrado bajo el brazo, atado con una cinta verde. Se lo tendió a Clary.

—Te conseguí algo para el viaje.

—No tenías por qué hacerlo —protestó ella—. Ya has hecho demasiado...

Recordaba la ropa que le había comprado después de que todo lo que poseía hubiese quedado destruido. Le había dado un teléfono y material de pintar nuevos, sin que se lo hubiera pedido. En realidad, casi todo lo que poseía en ese momento se lo había regalado Luke. «Y ni siquiera

te parece bien que vaya». Ése último pensamiento flotó entre ellos sin ser pronunciado.

—Lo sé. Pero lo vi y pensé en ti. —Le pasó la caja.

El objeto que había dentro estaba envuelto en varias capas de papel de seda. Clary se abrió paso entre ellas y agarró algo blando como el pelaje de un gato. Lanzó un gritito ahogado. Era un abrigo de terciopelo verde botella, pasado de moda, con el forro de seda dorada, botones de latón y una amplia capucha. Se lo colocó sobre el regazo, pasando las manos con cariño por el suave tejido.

—Parece algo que Isabelle se pondría —exclamó—. Como un abrigo de viaje de cazador de sombras.

—Exacto. Ahora, cuando estés en Idris, irás vestida de un modo más parecido a uno de ellos —dijo Luke.

Ella le miró.

—¿Quieres que parezca uno de ellos?

—Clary, eres uno de ellos. —Su sonrisa estaba teñida de tristeza—. Además, ya sabes cómo tratan a los forasteros. Cualquier cosa que puedas hacer para encajar...

Simon emitió un ruido extraño, y Clary le miró con aire culpable; casi había olvidado que él estaba allí. El muchacho contemplaba fijamente su reloj.

—Tengo que irme.

—¡Pero si acabas de llegar! —protestó Clary—. Pensaba que podíamos salir a dar una vuelta, ver una película o algo...

—Tienes que hacer la maleta —Simon sonrió, radiante como la luz del sol tras la lluvia; y ella casi pudo creer que no había nada que le preocupara—. Vendré más tarde para despedirme antes de que te vayas.

—Venga, va —protestó Clary—. Quédate...

—No puedo. —Su tono sonó categórico—. He quedado con Maia.

—Ah. Fantástico —replicó ella.

Maia, se dijo, era simpática. Era lista. Era bonita. También era una chica lobo. Una chica lobo que estaba chiflada

por Simon. Pero tal vez era así como debía ser. Tal vez su nueva amiga debía ser una subterránea. Al fin y al cabo, él mismo era un subterráneo ahora. Técnicamente, ni siquiera tendría que estar pasando tiempo con cazadores de sombras como Clary.

—Supongo que será mejor que te vayas.

—Creo que será lo mejor.

Los ojos oscuros de Simon eran inescrutables. Era algo nuevo..., ella siempre había sido capaz de adivinarle el pensamiento a Simon. Se preguntó si era un defecto secundario del vampirismo, o alguna otra cosa totalmente distinta.

—Adiós —dijo él, y se inclinó como si fuera a besarla en la mejilla, apartándole el cabello hacia atrás con una mano.

Sin embargo, se detuvo y se echó hacia atrás con una expresión indecisa. Ella le miró con el ceño fruncido por la sorpresa, pero él ya se había ido, rozando a Luke al cruzar la puerta. Clary oyó cómo la puerta delantera se cerraba a lo lejos.

—¡Está actuando de un modo tan raro! —exclamó, abrazando el abrigo de terciopelo en busca de seguridad—. ¿Crees que tiene algo que ver con lo de ser vampiro?

—Probablemente no. —Luke parecía levemente divertido—. Convertirte en un subterráneo no cambia lo que sientes por las cosas. O por la gente. Dale tiempo. Lo cierto es que rompiste con él.

—No. Él rompió conmigo.

—Porque no estabas enamorada de él. Se trata de una situación cierta, y creo que lo está llevando con elegancia. Muchos otros adolescentes se enfurruñarían, o merodearían bajo tu ventana con un radiocasete gigante.

—Ya nadie tiene un radiocasete gigante. Eso pasaba en los ochenta.

Clary abandonó la cama y se puso el abrigo. Lo abotonó hasta el cuello, deleitándose con el suave tacto del terciopelo.